

Majestuosamente

Las angustias del Tesoro fácilmente se curan. Basta que haya buena voluntad de unos, los de arriba, para reducir los gastos públicos, y de otros, los de abajo, para aceptar algún recargo. Lo que no tiene remiendo posible, lo que no debemos consentir de ninguna manera, es que puedan echarse en olvido y mirarse de arriba a abajo las libertades públicas. ¡Seamos una república pobre, una república arruinada, pero seamos una República! Tengamos la dignidad del ciudadano y su libre participación en el gobierno, que no ha de faltar, de un modo o de otro, el auxilio del contribuyente. Reales para el Tesoro, bueno; pero antes y por sobre los reales, el respeto a la Constitución y el aseguramiento de nuestra democracia viva y efectiva!

CLETO GONZÁLEZ VÍQUEZ

Congreso Constitucional, sesión del 21 de Noviembre de 1916.

* * *

Soy—lo confieso *sin* pesar—un hombre viejo, el más viejo de la Cámara; y la verdad, los viejos no servimos para estos belenes. Para diputado, conviene tener juventud, entusiasmo, pasión, ideales, ver todo en forma halagüeña, creer en los hombres para empeñarse en convencerlos y guiarlos. El viejo, como fruto seco, lejos de creer en los hombres, sabe por dolorosa experiencia que todos son más o menos iguales, casi

siempre interesados, por lo común ingratos y a veces crueles. Y con tan sombríos horizontes, con tan negro desencanto, con tan desconsoladoras ideas, contempla las cosas, no como en sus arrebatos se las figuran y pintan los jóvenes, sino como realmente son y deben ser. Un viejo, por lo mismo, cabe muy bien y está en su sitio en un Senado, en un Consejo de Estado o en cualquier otra corporación en donde reposadamente se delibera y en donde se maduren las resoluciones. No está bien en un Congreso, y menos si el Congreso, como el actual, está compuesto de jóvenes en quienes corrientemente todo es fruto de impulsos violentos y pasiones vivas, nacidos más de una vez al calor de ligeros incidentes.

Quiero creer, sin embargo, que mi edad no me impida a seguir a los jóvenes en su fe y en su entusiasmo; quiero creer que conviene que al lado de los bríos juveniles y de los arrebatos de la pasión, haya la calma, el reposo y la serenidad de los años maduros, que llame a los jóvenes al sentido práctico y a la prosa de la vida. Pero es que como antes dije, existe otro motivo poderoso para que yo no debiera haber venido a este recinto sacrosanto, y es el haber sido jefe de gobierno. No es posible evitar que una persona en el Poder, por más rectas que sean sus intenciones, por más leales que sean sus propósitos, sufra equivocaciones, incurra en errores y aun aparezca como responsable de abusos cometidos sin su consentimiento, por empleados y autoridades subalternas. Y es natural que al discutir los asuntos del día se quieran emplear argumentos «ad hominem» y que a una crítica de lo actual, por leve que sea, se conteste con